



ESPECIAL / JAVIER J. FREYTES

Milagros naturales y otras hierbas

Su incursión en la naturopatía es tanto un sendero como una mística. A través del primero, se acerca al dolor del paciente y refuerza la humanidad en ellos. Con la segunda proclama su fe total en los remedios naturales

COQUI SANTALIZ
Especial para El Nuevo Día

Resulta que a esta señora le habían diagnosticado un temible cáncer que estaba regado por todo su cuerpo. Los médicos le hablaron de semanas. Cuando llegó a ver al doctor Javier Tonos, naturópata, no tenía esperanza de vida y le preguntó si se moriría pronto.

El doctor Tonos con una voz suave -a veces casi imperceptible- se quedó de una pieza. “Sólo Dios puede decidir el destino de una persona. Estaba tan afectada. Le tome una mano y rezamos juntos. Le dije que si ella decidía vivir, podíamos trabajar por su salud. Eso fue en el 1994. Superó su cáncer porque se entregó en alma a los tratamientos. Y hoy día viene a mi oficina sólo para saludar y repartir besos. Sin colococtomía, sin cancer”.

La decisión de dedicarse a los cientos de pacientes con enfermedades terminales que acuden a su centro naturista la hizo cuando aún era muy niño. Observaba a su madre que tenía vocación de sanadora y se preocupaba por los enfermos. Preparaba remedios con plantas y cuanto mejunje y “teses” para aliviarlos.

El niño captaba a la incertidumbre. Silenciosamente, al lado de la madre. Y cuando le decían que se iban porque estaban muy graves, se confundía. No podía comprender que las personas no se salvaran. Qué era eso de la salud. ¿Cómo trazó un dibujo de la vida mientras los veo irse?, cuestionaba el niño. “Sin salud no hay nada, nene”. “Escojo la salud entre el dinero y el amor”.

Frases y cantaletas. “Una oscura noche me dije que cuando fuera grande haría por curarlos”, revela Tonos. Y no se ha fallado. Como las plantas y los remedios naturales siempre le fascinaron, en cuanto pudo gestar el plan se fue a estudiar y obtuvo un doctorado en naturopatía y, más adelante, otro en herbología. También se acercó y se acerca a la medicina tradicional, la cual a su vez conoce muy bien.

“Creo que la medicina convencional y la alternativa no están reñidas. A mis pacientes los exhorto, si así lo desean, a continuar con sus tratamientos médicos porque muchos son eficaces. La medicina siempre ha estado ahí. Cuando vienen a mí los ayudo a cambiar de hábitos de vida y alimentarios y a utilizar los tratamientos naturales que son magníficos”, explica, para añadir a continuación que “las cosas están cambiando y ya muchas universidades y centros médicos incluyen lo bueno de la medicina alternativa. ¿Quisiera tanto que los dos mundos se entendieran y no se atacaran! Cada uno tiene algo que dar, pero lo más importante lo pone el paciente con su fe en curarse y en mantenerse disciplinado con sus tratamientos y dietas”.

Tonos tiene 48 años y ya ostenta algunas canitas. Su voz es dulce y suave. No impone las palabras. Utiliza las manos para hablar, para sonreír, para pensar y para sanar. Obsesionado como está con aliviar a sus pacientes en su mayoría con cáncer, en Europa conoció a unos herbólogos japoneses sumamente comprometidos con la in-

vestigación del cáncer, quienes le dieron un vuelco a su ruta de esperanza. La relación ya va por décadas.

Estudian un tipo de hongos sanadores, de los cuales se han escrito libros y ensayos y que, tal parece, son efectivos en muchas instancias de enfermedades degenerativas, aunque no siempre en todos los casos. Dicho junto fue el espacio que le ayudó a preservar su intuición.

El trabajo con los japoneses se convirtió en una relación de serio compromiso con la sociedad para tratar las llamadas enfermedades incurables. Palabra que para el doctor Tonos es de las más terribles. “Conocerlos y mantener la relación con esos laboratorios ha sido

“

Creo que la medicina convencional y la alternativa no están reñidas. A mis pacientes los exhorto, si así lo desean, a continuar con sus tratamientos médicos porque muchos son eficaces”

lo mejor que me ha sucedido. Su entrega por curar era tan grande que me tocó mi pasión por las enfermedades degenerativas. Por combatir su crueldad, incluso en su nombre terminal. Hoy día participo de sus investigaciones y ayudo a mis pacientes con sus tratamientos”.

El doctor Tonos atiende a muchas personalidades de Estados Unidos y de Europa y pacientes de otros países que vienen o llaman a su consulta y que ya le conocen por referencias. Desde Alemania preguntan si saben quién aplique dichos tratamientos en Latinoamérica y por allá le recomiendan al doctor Tonos.

Algunos por falta de salud o de dinero no pueden viajar y mandan la foto del iris por Internet. Esta iridología es una técnica alemana que ayuda a evaluar el estado de salud de los pacientes a través de una fotografía del iris del ojo. Desde la distancia los consuela. A veces hace colectas. Como él dice: “Un pote para la salud”. Y acaba dando del pote de su familia.

En ocasiones hay padres desesperados que le suplican que viaje porque el niño no se puede mover y le mandan el pasaje y él va, se lleva sus tratamientos y hace lo que puede por alargarles la vida. “No siempre el cáncer se puede aliviar o curar. Más aun cuando muchos me llaman o vienen cuando ya ha pasado mucho tiempo o han pasado por tratamientos desgastantes para su sistema inmunológico”.

Es padre de cinco hijas casi todas universitarias. Una de ellas estudia medicina y él inventa en su imaginario que ella lo ayudará con su carga de trabajo. O inventa tener dos semanas de vacaciones que nunca ha tenido. En navidades fue a comprar unos regalitos para sus hijas y se topó con muchos pacientes que lo paraban para agradecerle y hablarle.

“Algo estoy haciendo bien, pensé. Y llegué muy feliz a mi casa, ya que nunca tengo el tiempo para salir y menos a comprar. Y cuando mi esposa me preguntó por lo comprado, me sorprendí porque se me había olvidado. Ella es mi heroína. A veces estoy despistado pensando en algún paciente, porque no me lo puedo sacar de la cabeza y ella lo sabe, acepta mi despiste y me organiza”.

Los pacientes lo adoran. Llegan y él sale, los abraza, aprieta y sonríe. Les ofrece paz ante la conmoción de un diagnóstico duro, cuando no se perciben salidas y el miedo cunde. Le preguntamos qué sucede en la Isla con tanto

cáncer: “Me preocupa que hay muchos niños con tumores cerebrales. Cada día hay más cáncer del seno, del sistema gastrointestinal. Más enfermedades de transmisión sexual en los jóvenes, adolescentes con el virus de papiloma, herpes... Mucho estrés y mucha depresión. Casi un 70% de los pacientes que vienen sufren de depresión. No vienen por eso, pero sale. Algunos dicen que comen frutas, vegetales y ensaladas y sé que no es cierto por su estado de salud. Intento tranquilizarlos primero y ayudarlos con el miedo que es algo terrible y no saludable”.

¿Se considera usted un hombre religioso? Se mira a las manos y, pensativo, como si marchara a un trasmundo distante, intenta explicarnos que sus padres son cristianos en sus acciones y en su respeto a la vida. Nacieron en la República Dominicana y llegaron a Puerto Rico cuando él tenía dos años. El cuarto de cinco hijos. El padre trabajaba en factorías de ropa y la madre era “una fajona ama de casa”.

Su equipo de trabajo nos informó que los domingos sale con vitaminas con la excusa de desayunar y va por ahí dándole desayuno a los que no lo pueden comprar. Café y otras cosas que nunca dice. No le gusta hablar de lo que hace ni de los casos que ha curado. Como si las palabras enturbiaran la belleza de los procesos y la calma de los pequeños intentos. Son los pacientes quienes las cuentan. Él se ve tranquilo, sin turbulencias. Esa tranquilidad les da seguridad. Nunca los regaña y acepta y fluye con sus decisiones.

Le encanta hablar de sus sueños. Y se transforma en un cómico. Mimo de la calle de sus sueños. Sueña con ser piloto de helicóptero. Con tirarse al mar y pintar cuadros como hacía de joven. Karatear. Pescar. Cantar, que canta malísimo, pero le fascina. Y disfrutar a su familia. Y narra que cuando se levanta los ha vivido.

Se sonríe muy bonito. Y la sonrisa permanece como un bola imperfecta de sonrisas. Y en su rostro nuevamente regresa el juego de un niño a quien no le interesa el ego ni lo que de él piensen. “Quizá lo más importante es agradecer

que amanecemos vivos. Podemos aprovechar cada día, cada situación para valorarnos y entender nuestra misión. El cuerpo puede ser un templo. Y si lo cuidamos se sana. Y repito: no hay médico, no hay naturópata, no hay nadie que pueda decir: te queda tanto de vida o te vas a morir en tantas semanas o tu enfermedad no se puede curar. El proceso de sanación existe”.



MAÑANA
CACHAO
Contrabajista